

131
LA

Este tomo pertenece a la 131ª edición
de la Biblioteca Nacional de España
1911 VOLÚMEN N.º 131
Año 18

ILUSTRACION

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

DIRECTOR-PROPIETARIO

LUIS TASSO Y SERRA

TOMO I

7 Noviembre de 1880 á 29 Octubre de 1881

Adornan este tomo 195 grabados.

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LUIS TASSO

CALLE DEL ARCO DEL TEATRO ENTRE LOS NÚMS. 21 Y 23

ÍNDICE POR ORDEN ALFABÉTICO

DE LOS AUTORES QUE HAN COLABORADO EN ESTE TOMO.

Número 48

VOLUMEN N.º 131

Andía, D. Pascual. «El arco iris», pág. 431.
Armet, D. S. «Ritter», pág. 34.
Arnó, D. Pedro. «Una promesa», pág. 375.
Barado, D. Francisco. «Coloquio entre el ser y la muerte», pág. 86.
Bartrina, D. Joaquín M.ª «En sus días» (poesía), pág. 83.
Blaugo, D. Gerardo. «El Evangelio» (poesía), pág. 191.
Blanchet, D. Emílio. «Recuerdo de Italia», pág. 270.
Calvo, D. Luis. «Rembrandt», pág. 251.—«Alberto Durero», pág. 362.
Calleja, D. Lambert. «La fuerza de la ley» (poesía), pág. 334.
Carreras, D. Luis. «El Príncipe de los poetas rusos», pág. 187.
Comas Galibern, D. José. «Lisardo el estudiante de Córdoba», páginas 6, 15, 23, 31.—«La sima de S. Pedro», págs. 308, 315, 325, 335, 351, 363, 371, 386, 407.
Comonfort, D. Julián. «Imprenta Tasso», pág. 393.
Company, D. P. «Algunas palabras sobre taquigrafía», pág. 166.—«Los signos de puntuación», pág. 227.—«Los números», pág. 363.
Campsaur y Sicilia, D. Baltasar. «En la soledad» (poesía), pág. 411.—«Sin padres» (poesía), pág. 438.
ominguez, D. José. «A una Luisa en sus días» (poesía), pág. 306.
le-Ache. «Delant de un revistero», pág. 399.—«Revista de algunas cosas que pasan», pág. 418.—«Revista de cuatro ó cinco cosas», pág. 426.—«Asuntos en revista», pág. 435.
candio. «Un teléfono sin alambres», págs. 3, 14.—«Un poco de ciencia», pág. 19.
cape. «El reloj», pág. 298.—«Los cometas», pág. 306.
iter é Inglés, D. José. «Biografía de D. Vicente Boix», pág. 70.—«El monasterio de S. Pedro de Caserras», pág. 163.—«Viladercans», pág. 195.—«S. Lorenzo del Munt y la Cueva del Dracho», pág. 247.—«Monasterio de S. Cugat del Vallés», pág. 281.—«S. Saturnino de Noya», pág. 295.—«El teniente general D. Luis de Lacy», página 311.—«Claustros del monasterio de Stas. Creusa», pág. 361.—«S. Pedro de Tarrasa», pág. 397.—«S. Justo Desverno», página 411.
arcia del Real, D. Luciano. «Una aventura de D. Pedro el Cruel», págs. 46, 47, 54.—«La marquesa de Camponiegro», págs. 63, 71, 78, 87, 95, 103, 112, 119, 126, 135, 142, 151, 159, 167, 175, 184, 191, 199, 206, 215, 223, 231, 247, 254, 262, 271, 283, 291, 299, 307.
Gumá, D. C. «Refrenes desmentidos» (poesía), 139.—«¿Qué es el amor?» (poesía), 281.
aumeandreu, D. José Juan. «Revista de Barcelona», pág. 27.—«Arrigo Boito», pág. 35.—«Revista de Barcelona», pág. 42.—«La venganza es muy sabrosa», pág. 50.—«El Parque», pág. 57.—«Revista de Barcelona», pág. 65.—«La noche de Reyes», pág. 73.—«Por media peseta», pág. 91.—«Revista de Barcelona», pág. 99.—«Una entrevista con Virginia Marini», pág. 107.—«Revista de Barcelona», pág. 115.—«Rubinstein en Barcelona», pág. 123.—«Revista de Barcelona», págs. 131, 139.—«Puigcerdós», pág. 147.—«Los sucesos de Rusia», pág. 155.—«Una conjuración conveniente», pág. 174.—«Revista de Barcelona», pág. 179.—«Semana de gloria», pág. 195.—«Continuación de la Semana de gloria», pág. 203.—«Historia de la semana», pág. 214.—«Id. id.», pág. 217.—«Id. id.», pág. 225.—«D. Pedro Calderon de la Barca», pág. 233.—«Los abanicos de ahora», pág. 258.—«El primer cliente», página 265.—«Melchor de Palau», pág. 285.
adon, D. Enrique. «Dolor», pág. 393.
ista, D. Alberto. «La muerte de Jesus», pág. 187.
ustonó, D. Eduardo de. «Unal de los dos» (poesía), pág. 171.—«La Fè» (poema), págs. 194, 211, 219, 227.—«Una tertulia», págs. 315, 324.—«Ave María» (poesía), pág. 360.—«Poder del vino» (poesía), pág. 367.—«Las mendigas», págs. 367, 378.—«Cosas que yo daría» (tetralia), pág. 383.—«A E. Perez Escrich», Carta (poesía), pág. 403.
Massanés de Gonzalez, D.ª María Josefa. «El torrente» (poesía), página 6.—«La violeta y el laurel» (poesía), pág. 59.
Mendoza de Vives, D.ª María. «Lágrimas» (poesía), pág. 22.
Micolao y Sierra, D. Vicente. «¿Después de muerto?», pág. 234.
olas y Casas, D. Juan. «Tipos y retratos» (poesía), pág. 146.—«Puigcerdós», pág. 163.
onreal, D. Julio. «Nuevo tormento» (poesía), pág. 324.
Galicia, D. M. «Ilusiones y mariposas» (poesía), pág. 75.

Nombela, D. Julio. «Revista de Madrid», págs. 2, 10, 18, 26, 34, 41, 49, 58, 67, 74, 81, 89, 98, 106, 114, 120, 129, 137, 145, 153, 162, 169, 177, 185, 193, 201.
Omarch y B. D. C. «Notas de mi carnet» (poesía), pág. 14.
Opisso y Viñas, D. Alfredo. «Palabras borrosas», pág. 381.—«Los dos símbolos», pág. 406.—«All right», pág. 423.—«Poesías de Enrique Heine», pág. 430.—«Los desengaños de Pangloss», pág. 439.
Opisso y Viñas, D. Antonio. «La trenza» (poesía), pág. 166.—«Rimas», pág. 267.—«A***» (poesía), pág. 295.
Ossorio y Bernard, D. Manuel. «Centenario de Calderon», pág. 22.—«Gastronomía», pág. 30.—«Un estreno», pág. 39.—«La mujer», pág. 46.—«La enseñanza teatral», pág. 62.—«Año nuevo vida nueva», pág. 71.—«Club de la emancipación femenina», pág. 94.
Palau, D. Melchor de. «Una historia de amor» (poesía), pág. 14.—«El rayo» (poesía), pág. 230.—«A lo efímero de las glorias del artista dramático» (oda), pág. 287.
Parassols y Pi, D. Pablo. «D. Pedro Calderon de la Barca, presbítero», pág. 234.
Pereira, D. Aureliano J. «Tu epitafio» (poesía), pág. 422.
Perés, D. Ramon D. «Bibliografía», págs. 102, 110, 118, 150, 182.—«Invierno» (poesía), pág. 123.—«El pensamiento de La vida es sueño», pág. 243.—«Décimas á Calderon», pág. 251.—«Madrigal», pág. 350.—«Para un álbum» (poesía), pág. 351.—«De un libro inédito» (poesía), pág. 393.
Rahola, D. Federico. «Ballatella» (poesías), pág. 38.—«El fin de año» (poesía), pág. 61.—«La caída de la tarde» (poesía), pág. 85.—«A una máscara» (poesía), pág. 134.—«Un cuadro» (poesía), pág. 174.—«No es verdad?» (poesía), pág. 223.—«El mágico prodigioso», pág. 239.—«A una que no cree en el amor» (poesía), pág. 298.—«Lo real» (poesía), pág. 348.
Raldiris, D. J. P. «Quiero amor y no ficción» (poesía), pág. 46.
Riquelme, D. Joaquín. «Canto á la paz», pág. 202.
Ruiz Aguilera, D. Ventura. «Lirico» (poesía), pág. 107.—«Poder del amor» (poesía), 115.—«Asalto» (poesía), pág. 131.—«Inagotable» (poesía), pág. 155.—«Madrigal», pág. 163.—«Ignorancia» (poesía), pág. 178.—«En el segundo centenario de la muerte de D. Pedro Calderon de la Barca» (poesía), pág. 246.—«Idilio», pág. 251.—«...» (poesía), pág. 259.—«Aensacion» (poesía), pág. 267.—«Roncesvalles», «El dolor de los dolores», «Cantares», «Vanidad de la vida» (poesías), págs. 310 y 311.
Ruiz Grande, D. Benito. «La modista», pág. 142.
Sanchez Ossorio, D. Alfredo. «La gaita gallega» (poesía), pág. 342.
Sepúlveda, D. Ricardo. «El anillo de boda de D. Juan de Austria», págs. 415, 423, 431.
Serrate, D. José M.ª «El anuncio y el reclamo», pág. 82.—«El carnaval», pág. 134.—«Pues hèle ahí», pág. 158.—«Una manita española de pura sangre», pág. 166.—«Los nihilistas y la trichina», pág. 222.—«Centenario de Calderon», pág. 238.—«A los postes del Centenario», pág. 249.—«Calor en conserva», pág. 267.—«Revista europea», págs. 273, 317, 354, 389.—«La cuestión de los judíos y la prensa española», pág. 293.—«Insurrección de Argel», pág. 301.—«Algunas consideraciones sobre el estado social de Rusia», pág. 329.—«Prodigios de Josuah Electricman», págs. 338, 346.—«Un acuerdo del Ayuntamiento y una idea», pág. 365.—«Los dos veteranos del periodismo», pág. 373.—«La ciencia y los choques y descarrilamientos», pág. 401.—«Diez y seis mil quinientos setenta y cuatro estudiantes», pág. 409.—«La electricidad á domicilio», pág. 417.—«El invierno», pág. 425.—«La noche de difuntos», pág. 434.
Tapia, D. Ambrosio. «Contra el suicidio», pág. 414.
Vidart, D. Luis. «Siempre dudando» (poesía), pág. 131.—«Soneto con estrambote», pág. 155.—«Una causa y dos efectos» (poesía), pág. 163.—«El mayor desengaño» (poesía), pág. 178.—«Camoens y Calderon», pág. 239.—«En el álbum de la Marquesa de***» (poesía), pág. 251.—«Recuerdos de la vida del eximio poeta D. Pedro Calderon de la Barca» (poesía), pág. 259.—«¿Quiénes son los más eminentes entre los poetas de la península Ibérica?», pág. 343.—«Semelanzas que existen entre muchas circunstancias de la vida de Cervantes, Camoens y Calderon», pág. 350.
Zulueta, D. José. «Congreso catalán de Jurisconsultos», pág. 66.

ÍNDICE POR ÓRDEN ALFABÉTICO DE LAS LÁMINAS QUE ADORNAN ESTE TOMO

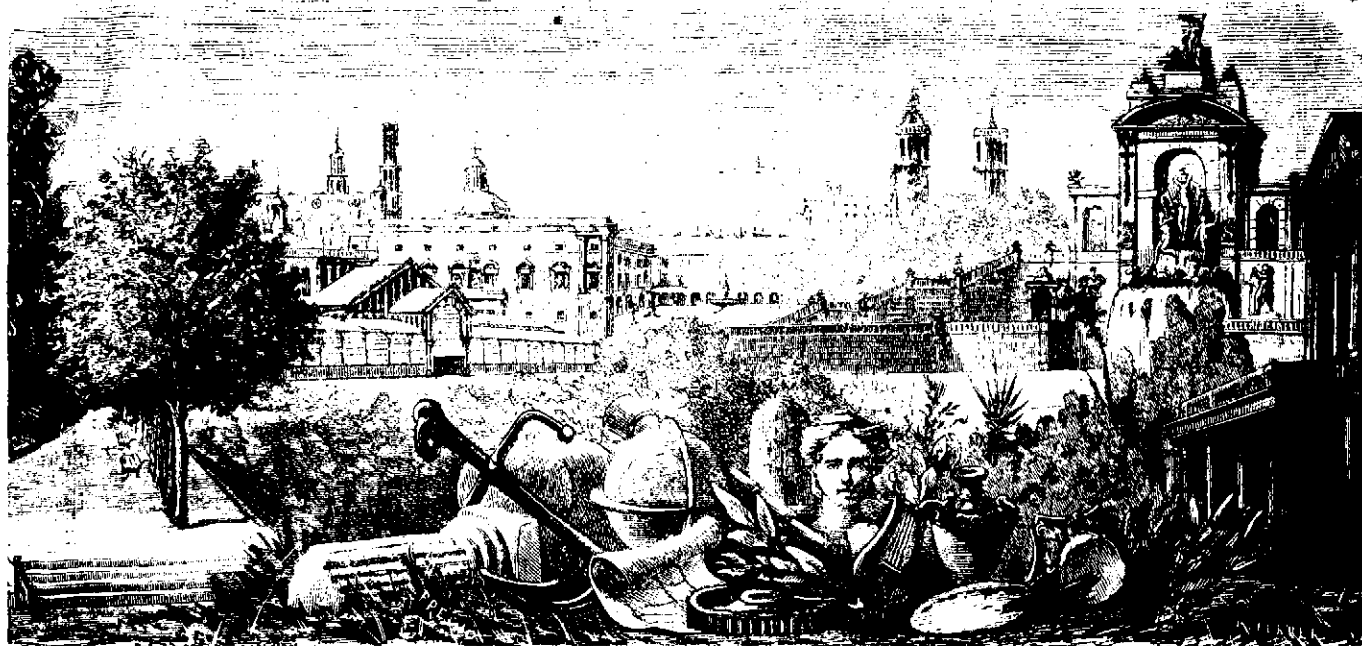
	Pág.
A	
Albergue pernoctatorio del conde de Ig-	
natiev.	437
Aldana romana.	84
Alegoría de fin de año.	61
Id. de 1881.	68 y 69
Id. de enero.	87
Id. de febrero.	109
Id. de marzo.	141
Id. de abril.	180
Id. de mayo.	220
Id. de junio.	263
Id. de julio.	304
Id. de S. Juan.	278 y 279
Id. de id. id.	284
Alejandro III de Rusia.	160
Amor, honor y poder.	244 y 245
Arrigo Boito.	37
Arthur.	405
Atentado contra la vida del Czar.	157
B	
Beethoven.	208
Boix y Ricarte (D. Vicente).	65
C	
Calalgaban en veloz carrera.	56
Calderón.	248
Calella.	28
Caricaturas (51 viñetas) 20, 45, 53, 88, 105, 133,	
160, 168, 181, 232, 261	
Carnava) de Barcelona de 1881.	140 y 141
Carreras de caballos de Longchamps.	297
Carreras de perros en una fiesta mayor	
belga.	345
Catástrofe del martes (La).	413
Cláustro del monasterio de Santas Creus.	355
Cómo pasa la vida.	19
Con que... V. me hará el obsequio, etc.	461
Convaleciente.	429
Convento de las Adoratrices de Barcelona.	156
Cueva del Drach (La).	241
D	
De pronto apareció una figura imponente.	33
Desembarcadero de la Paz en Barcelona.	108
Desnudo el acero.	9
Después de la tarea.	162
E	
Edipo y Antigone.	428
El día de difuntos.	433
Entierro de las víctimas de la fábrica	
Pfeiffer.	420
Entrevista de Guillermo I y Alejandro III.	419
Emperatriz de Rusia.	217
En la rambra de las Flores.	228 y 229
Es bueno acostumbrarlos desde niños.	248
Escalera de la capilla de la «Sangre sa-	
grada» en Brujas.	376
Exposicion de electricidad de París.	385

F	
Facsimil de un aguafuerte de Alberto Du-	
rrero.	362
Ferran (D. Ignacio M. ^a de).	49
Fiestas del 14 de julio en París.	312 y 313
Foire au pain d'épice (La).	212 y 213
Franco Faccio.	24
Fuente de Neptuno en Valencia.	391
G	
Garfield.	405
Gerona.	436
Gibraltar.	97
Gran galeoto (El).	205
H	
Heroínas de Gerona (Las).	257
Hiller (Fernando de).	176
Hojas de álbum.	404
Huida á Egipto.	60
Hundimiento de una parte de la montaña	
en Ebn.	432
I	
Imprenta de Luis Tasso.	394 y 395
Incendio de los almacenes del «Printemps»	204
Incendio del teatro nacional chejo de	
Praga.	368
Ingreso á la rambra de Canaletas por la	
plaza de Cataluña (Barcelona).	44
Inocencia (4 viñetas).	5
Interior (copia de un cuadro de D. Mo-	
desto Urgell).	92
Invierno en París (El).	124
J	
Jardín de las palmeras de Röpke, en Han-	
nover.	384
Jone.	149
Juegos florales de 1881.	224
K	
Kalakaau I, rey de Havai.	365
L	
Lacy (D. Luis de).	309
La caída de la tarde.	85
La fiesta de los sepuleros en S. Peters-	
burgo (3 viñetas).	20 y 21
La marquesa vendando las quemaduras	
de Rafael.	80
La muchedumbre se dirigia hacia el con-	
vento.	17
Le recibia en su gabinete de estudio.	209
Lo real.	348
M	
Marquesa de Campoalegre (La).	64
Mas el joven cayó á sus piés.	8
Mercado del Borne (Barcelona).	76
Modista (La).	137

Monasterio de S. Pedro de Caserras.	164
Id. de S. Cucufate del Vallés.	275 y 282
Monumento de Eberardo en Stuttgart (El).	349
Músicos en peligros (Los).	100
O	
Orillas del Llobregat.	36
P	
Paisaje.	197
Palacio de Miguel Teodorovich.	400
Pulau (D. Melchor de).	285
Parque de Barcelona (Vistas del).	358 y 359
Plaza del Teatro (Barcelona).	252
Pirítóo y la pantera.	52
Podador (El) (6 viñetas).	125
Pozzoni Anastasi (Antonieta).	16
Primeras casas (Las).	10
Puerta del Parque de Leipzig (La).	1
Puigecercós.	1
R	
Rafael desdobló el periódico.	
Redimir al cautivo.	2
Reig y Carreras (D. Eduardo).	
Retrato del sultan (El).	34
Rubinstein.	12
S	
Sacó un elegante tarjetero.	113
Salmodiaban con triste y doliente voz.	25
San Feliu de Guixols.	322 y 323
San Justo Desvera.	412
San Lorenzo del Munt.	240
San Pedro de Tarrasa.	398
San Sadurni de Noya.	206
Siega (La).	319
Sinking Run (El).	18
Solano, la barca de pasaje más grande	
del mundo (2 viñetas).	338 y 344
T	
Tasso y Gonalons (D. Luis).	1
Teatro nacional chejo de Praga antes del	
incendio.	37
Teniendo en la mano una trompetilla.	192
Thursby (Miss Emma).	196
Torre del Barón (La).	190
Travesura de marras (6 viñetas).	13
¿Tú tambien tienes casa?	377
Túnez (Vista de).	305
U	
Una yegunda.	12
Un arresto.	332 y 333
Un día tempestuoso (6 viñetas).	144
Universidad literaria de Barcelona.	12
V	
Verano.	369

LA ILUSTRACION

S. G.



PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES, CIENCIAS Y VIAJES.

N.º 1.—Año I.

DIRECTOR-PROPIETARIO, LUIS TASSO Y SERRA.

7 Noviembre 1880.

PRECIOS POR NÚMEROS SUELTOS:

En Barcelona, 2 cuartos.
Resto de España, 10 céntimos.
En el Extranjero y América fijaran el precio los Sres. Corresponsales.

Números atrasados doble precio.

ADMINISTRACION

Arco del Teatro, 21 y 23, Barcelona.

Insertarse o no se devolverán los originales.
Los anuncios en la última página a peseta la línea corta.
Se tirarán 200 ejemplares en papel superior que se venderán a doble precio, y solo por suscripción.
No se servirá ningún pedido que no venga acompañado de su importe.

PRECIOS POR SUSCRICION AL AÑO:

En Barcelona, 4 pesetas.
Resto de España, 6
Extranjero, 8
En América lo fijaran los Corresponsales.
Todo cambio de direccion deberá acompañarse de dos reales en sellos, para impresion de la nueva faja.

A todos nuestros colegas en la prensa, así locales como de Madrid y provincias, enviamos el mas efusivo saludo y les deseamos larga vida y toda suerte de prosperidades.

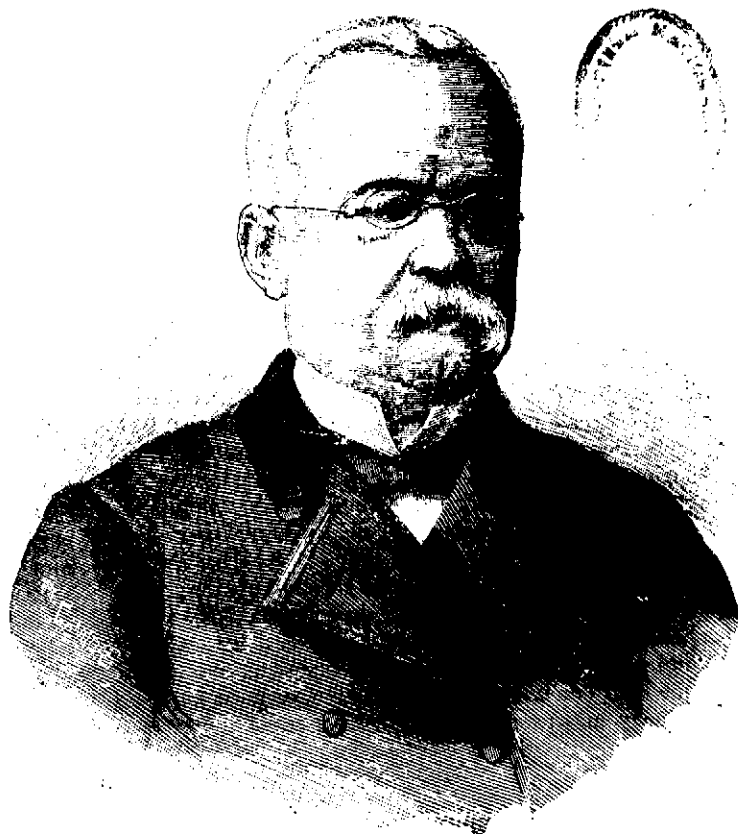
SUMARIO:

TEXTO:

Revista de Madrid, por *D. Julia Nambela*.—Nuestros grabados.—Un teléfono sin alambres, por *Escandio*.—El torrente, Apólogo, por *D.ª María Josefa Massanés de Gonzalez*.—Lisardo el estudiante de Córdoba, novela por *D. José Comas Galibern*.—Charada.—Logogrifo.—Rompe Cabezas.—Geroglífico.—Anuncios.

GRABADOS:

D. Luis Tasso y Goñalons y el día 15 de mayo de 1880.
—Como se pasa la vida...—Inocencia, por *Apeles Mestres*.—Grabado de «Lisardo el estudiante de Córdoba».



D. LUIS TASSO Y GOÑALONS y el 15 DE MAYO DE 1880.

REVISTA DE MADRID.



Mi enhorabuena.—Lo que debe hacer Madrid.—La décima musa.—La fuerza y la inteligencia.—Indicaciones que parecen ociosas y no lo son.—Lo que se murmura.—La realidad y las apariencias.—Trabajos que no se ven.—Progresos.—La primera visita.—Ofrecimientos que no se verán defraudados.

El propósito del editor de este semanario me parece tan útil, tan provechoso y eficaz que considero como una honra el cargo de colaborador con que me ha favorecido.

Hay que difundir la ilustración, hay que llevarla á todas las clases, hay que ponerla al alcance de las más modestas fortunas, y como esto es lo que se propone el periódico que tienen los lectores en las manos, al inaugurar mis tareas los felicito y me felicito.

Madrid, capital de España, centro á donde convergen todas las inteligencias, todas las aspiraciones, tiene el deber de tornar estos rayos, estos esfuerzos, convertidos en sazonados frutos.

Si no lo hace, falta á su obligación; y en las revistas que he de trazar, resultarán, como en el objetivo del fotógrafo, las bellezas y los defectos, los vicios y las virtudes de esta ciudad que por ser la hermana mayor debe dar el ejemplo á las demás.

Hay en nuestra época una décima musa, á la que yo olvidando la mitología y fijándome en el cristianismo, llamaría la única, puesto que ciertamente y como consecuencia inmediata de la Ley de Dios, condensa en sí las funciones de las nueve hermanas que representan el progreso antiguo y realizan el progreso moderno.

Aludo al trabajo, que aliviando las fatigas del hombre con la mecánica y permitiéndole aplicar su actividad á un orden superior de investigaciones ha realizado la civilización que disfrutamos y contribuido al perfeccionamiento del individuo y de la sociedad.

La fuerza material la pide la inteligencia á los cuatro elementos: la ciencia ha descubierto otro que es, por decirlo así, la combinación de los primeros: la electricidad, y regularizando esta fuerza la inteligencia, libre de trabas y fatigas ha podido consagrarse á producir el bienestar general, que hoy desde la solución del problema matemático hasta la más sencilla manifestación del arte, desde la fábrica al taller, desde la granja modelo al modesto pegujal, todo conspira á mejorar la condición moral y material del hombre.

Parecerán ociosas las anteriores indicaciones y no lo son á mi propósito. En este periódico una revista de salones y teatros, de episodios cómicos ó dramáticos de la vida madrileña, podría ser más ó menos amena y divertida; pero sin dejar de serlo, que tal es mi deseo, debe contribuir á la ilustración general, refiriendo cuanto ocurra en Madrid y contribuya á ella ó se oponga á su desarrollo.

En este concepto una exposición de mi manera de juzgar el presente era en mí hasta un deber de cortesía.

Ya saben los lectores las aspiraciones del revistero: que la educación moral é intelectual sature la atmósfera que respiramos, que todo concurra á la ilustración general como el medio mejor y más rápido de conjurar la crisis que atravesamos.

Yo bien sé que hay quien dice:

—Madrid es el león de la fábula. Las contribuciones sirven en su mayor parte para sostener el lujo y el boato de la capital: los mejores brazos de la provincia y de la aldea van allí á sostener el fusil en las brillantes formaciones ó las guardias

de honor; nuestras inteligencias más claras y perspicuas van á aumentar con sus luces el esplendor de la Corte. Aquí todo es trabajo y allí huelga; aquí carecemos de todo y allí se goza hasta de lo superfluo.

Pero los que así juzgan sólo se fijan en las apariencias.

En Madrid aparece en primer término la política cubriendo con sus grandezas la mayor parte de las miserias humanas; y así como en mar tempestuoso no se descubren las maravillas que encierra en su seno, tampoco la superficie de la Corte, revuelta siempre aunque brillante, deja ver los prodigios de trabajo y de virtud que en oscura lucha sostienen como la mujer casera los despilfarros de los demás individuos de la familia.

Si fuera posible venir á Madrid de diez en diez años, si entonces se pudiera comparar, resultarían progresos evidentes.

Se pierde mucho ingenio en los cafés; pero en las Academias, en los estudios de los pintores, en los gabinetes de los arquitectos, en los despachos de los escritores se trabaja por conservar y aumentar los timbres de gloria que ha alcanzado la ciencia y la literatura españolas. En la Sociedad Económica, en el Ateneo, en el Fomento de las Artes, en la Sociedad geográfica, en el Circulo de la Union mercantil y en otros muchos centros análogos se dilucidan las cuestiones sociales de más trascendencia. La Institución libre de enseñanza marca el derrotero que debemos seguir para llegar al apogeo de la educación y la cultura. Se ha creado una liga contra la ignorancia, funciona una sociedad protectora de los niños y si la que protege á los animales y las plantas no ha podido abolir la barbarie, por lo ménos ha despertado simpatía hacia los productos más bellos de la fauna y la flora, los pájaros y las flores.

En otro orden de ideas hallamos á Madrid cruzado de tranvías, con los servicios municipales sino perfectos mejorados, próximo á poseer una red de teléfonos. Las fábricas aumentan, aunque no lleguen ni con mucho á figurar al nivel de las de Cataluña, las pequeñas industrias prosperan, y todo acusa un progreso, que si no es el de otras naciones, promete llegar á serlo, cuando por consunción desaparezcan los obstáculos que una tradición de pereza y un espíritu aventurero han creado en nuestro país.

Palanca poderosa para operar la transformación que promete el deseo y exige la prosperidad el Banco de la riqueza pública que se forma actualmente con gran entusiasmo.

Las pérdidas que sufrieron en 1868 los tenedores de papel llevaron los capitales á la construcción de casas: las ruinas que ha ocasionado la reciente baja han demostrado que el único capital sólido es el que se funda en el trabajo y vive de él y con él. Esperemos que tan dolorosas lecciones den el fruto necesario.

Me he detenido en lo que puedo llamar prólogo á mis revistas más de lo que deseaba.

Cuando una persona se presenta por la primera vez en una casa de visita, aunque su carácter sea franco y festivo su humor guarda cierta circunspección.

Esto es lo que he hecho yo en mi primer artículo. Pero como al hablar de Madrid, tendré que presentar cuadros tristes y alegres, procuraré que hasta con la tristeza vaya la alegría; porque sé que ya no es cierto aquello de que la letra con sangre entra. Antes por el contrario, en los tiempos en que vivimos, no ya para enseñar, sino para narrar, que es lo que yo he de hacer, lo primero que se necesita es ganar la voluntad del lector y para ganarla es indispensable ser un amigo ameno y no un amigo fastidioso.

JULIO NOMBELA.

4 de Noviembre de 1880.

NUESTROS GRABADOS.

D. LUIS TASSO Y GOÑALONS.

Limitándonos al corto espacio de que podemos disponer, damos a continuación algunos datos biográficos del inteligente y activo impresor cuyo retrato se ve en la página 1.^a de este periódico, y cuya vida se extinguió en Mahon, a donde se trasladó para hallar alivio a sus largas y penosas dolencias, el 15 de Mayo del corriente año.

Nació D. Luis Tasso y Goñalons en Mahon el 13 Diciembre 1817, y a los catorce años entró de aprendiz cajista en la imprenta de D. Pedro Antonio Serra, de la misma ciudad, con una hija del cual contrajo enlace a los 24 años; trasladándose en 1835 a Barcelona, cuya ciudad prestaba más dilatado campo a sus aspiraciones.

Durante su juventud, y robando al descanso los minutos que le dejaban sus ocupaciones en la caja, se dedicó con provecho al estudio de la medicina, habiendo hecho sus prácticas en el hospital militar de Mahon; pero no llamándole su vocación por aquel camino, se entregó por completo al cultivo del arte de Gutenberg, contribuyendo, en su paso por la vida, a levantar el edificio en que hoy asienta Barcelona su merecida y envidiable reputación en el arte tipográfico.

Fué socio fundador y presidente del «Círculo artístico industrial» de esta Ciudad, que bajo su entendida y enérgica dirección llegó a tomar gran vuelo, y miembro de los consejos de vigilancia de varias sociedades de crédito, mercantiles y de fomento.

Simultáneamente fué impresor y editor, habiendo publicado durante un periodo de veinticinco años multitud de obras importantísimas, que así en la parte tipográfica como en la literaria y económica revelan nada comunes conocimientos y un ardiente deseo de contribuir a divulgar la instrucción.

Su laboriosidad fué pasmosa, y su naturaleza de hierro; cuantos de sus amigos de la juventud viven todavía, son buenos testigos de ello. Baste un ejemplo: allá por los años de 1848 a 1850, se imprimían a la vez en su establecimiento, entre otras, las importantísimas obras *Historia de España*, de Mariana, *El Universo*, *La Historia general de Francia*, *Las mujeres de la Biblia*, *La leyenda de oro*, *La historia universal de Anquetil*, etc., desempeñando él solo la corrección de pruebas y la corrección en el plomo. Los operarios que entonces estaban bajo su dirección y le han sobrevivido, recuerdan las veces que durante meses, y aun años, al empezar el trabajo del día le habían encontrado todavía desvelado y dedicado a tan improbo trabajo.

Cinco años atrás perdió la compañera de su vida, cuya laboriosidad y acertada dirección doméstica contribuyeron también a la mayor prosperidad del establecimiento fundado por su esposo.

A principios de 1877 las dolencias que le llevaron al sepulcro le obligaron a retirarse de todo negocio para hallar en el reposo algún alivio a su fatigada naturaleza.

Días antes de trasladarse a Mahon, quiso componer unas líneas, a cuyo efecto pidió el componedor a uno de los cajistas del establecimiento de su hijo, compañero suyo de la infancia, y hoy también difunto, y entregándolo después a éste, cual si obedeciera a un presentimiento de su próximo fin, le dijo: «Toma el componedor y guárdalo cuando menos como recuerdo de que en él he compuesto la última línea de mi vida.»

Sean estas cortas líneas tributo de respeto y admiración hacia el que fué laborioso, honrado e inteligente industrial, y modelo de padres, esposos y amigos.

COMO SE PASA LA VIDA.

INOCENCIA. POR APELES MESTRES.

UN TELÉFONO SIN ALAMBRES.

Hace poco tiempo que la Acústica, esta rama de la Física que estudia los sonidos, se encontraba en un atraso relativo

en comparación con el Calor, la Luz y la Electricidad. Un norteamericano, mister Graham Bell, anunciaba en 1877 al viejo Mundo que por medio de un aparato de su invención el teléfono transmitía los sonidos articulados, esto es, la voz humana, valiéndose para ello de un delgado alambre de hierro. Pocos días después, un descubrimiento de aquellos que hubieran aterrado en la Edad Media, nos demostraba que podíamos guardar dentro de una cajita la verdadera voz de los muertos. Ya no fueron solamente las gentes sencillas las que no quisieron creer en tal descubrimiento; los mismos sabios, que esta vez no se distinguieron del vulgo, negaban que el Fonógrafo de Edison pudiera cantar y reproducir la palabra. Tres años después de la fecha citada, en el próximo pasado mes de octubre, el mismo profesor Bell comunicaba al mundo científico un descubrimiento quizás más importante aún que los dos anteriores, pues se trata de hacer volar la palabra en un rayo de luz por medio del *Fotófono*.

Antes de ocuparnos de este nuevo aparato y para fijar las ideas, recordaremos someramente los principales sistemas empleados para la transmisión a distancia de las palabras o signos alfabéticos. En telegrafía se transmiten los signos, letras o señales desde una estación a la otra por medio de la corriente eléctrica que pasa a través de alambres metálicos. Si empleamos los tubos llamados acústicos, es preciso instalar una cañería de plomo, por ejemplo, a lo largo de los dos puntos que deben comunicarse para que tenga lugar la transmisión de la palabra, sistema que solo puede emplearse para pequeñas distancias. En telefonía se necesitan también, además de los dos teléfonos, los respectivos alambres que los unan, alambres que podemos suponer hacen el oficio de pequeños tubos por el interior de los cuales pasa la voz. El *fotófono* o *fototelegrafo* de Bell es un teléfono en el cual se sustituyen los alambres por rayos luminosos, de manera que éstos, como si fueran delgados tubos, se encargan de la transmisión de las palabras emitidas ante el transmisor *fotofónico*. La ventaja, pues, de este aparato sobre los demás sería incontestable si pudiera extenderse en el terreno de la práctica.

Pasemos ahora a la descripción de un aparato *fotofónico*: consta de dos partes, el transmisor y el receptor; el primero es un teléfono en el cual se ha sustituido la membrana metálica que se coloca en el fondo de la embocadura, por un delgado espejo de mica ó de otra sustancia muy ligera; dicho espejo refleja los rayos luminosos concentrados por una lente y los envía a la estación receptora. Detrás del espejo ó reflector se coloca una pequeña embocadura delante la cual se habla cuando se quiere *fotofonizar*. El aparato receptor está formado por un reflector parabólico en cuyo foco se encuentra un disco de selenio intercalado en el circuito de una corriente eléctrica al igual que un teléfono ordinario.

El selenio, que pertenece al grupo de los cuerpos simples llamados metaloides, posee la curiosa propiedad de que, sometido más ó menos a la influencia del calor y especialmente de la luz, presenta una resistencia variable al paso de la corriente eléctrica, por cuya propiedad Mr. Bell aplicó esta sustancia para lograr en un espacio de tiempo muy corto gran número de interrupciones del circuito dispuesto en el receptor *fotofónico*.

Para comprender con más claridad en qué consiste la resistencia que opone el selenio al paso de la corriente, imaginemos que un rayo de luz solar produce entre las moléculas de aquel metaloide cierto cambio ó agrupación especial de las mismas, y que este cambio ó agrupación molecular facilita el paso de la corriente. Ahora bien, como dicho cambio ó variación molecular sólo se verifica cuando la luz obra sobre el selenio, resulta que una vez éste en la oscuridad, las moléculas vuelven a su estado primitivo y oponen una mayor resistencia al paso de la corriente. Otro rayo luminoso obrará de igual modo, y como hemos visto que el selenio situado en el foco del reflector parabólico está intercalado en el circuito, la corriente eléctrica sufrirá tantas variaciones de intensidad cuantas sean las veces que los rayos luminosos hayan herido la superficie del selenio.

(Se concluirá).



Dibajo de P. Garcha.

Grabado por Thomas.

COMO SE PASA LA VIDA...

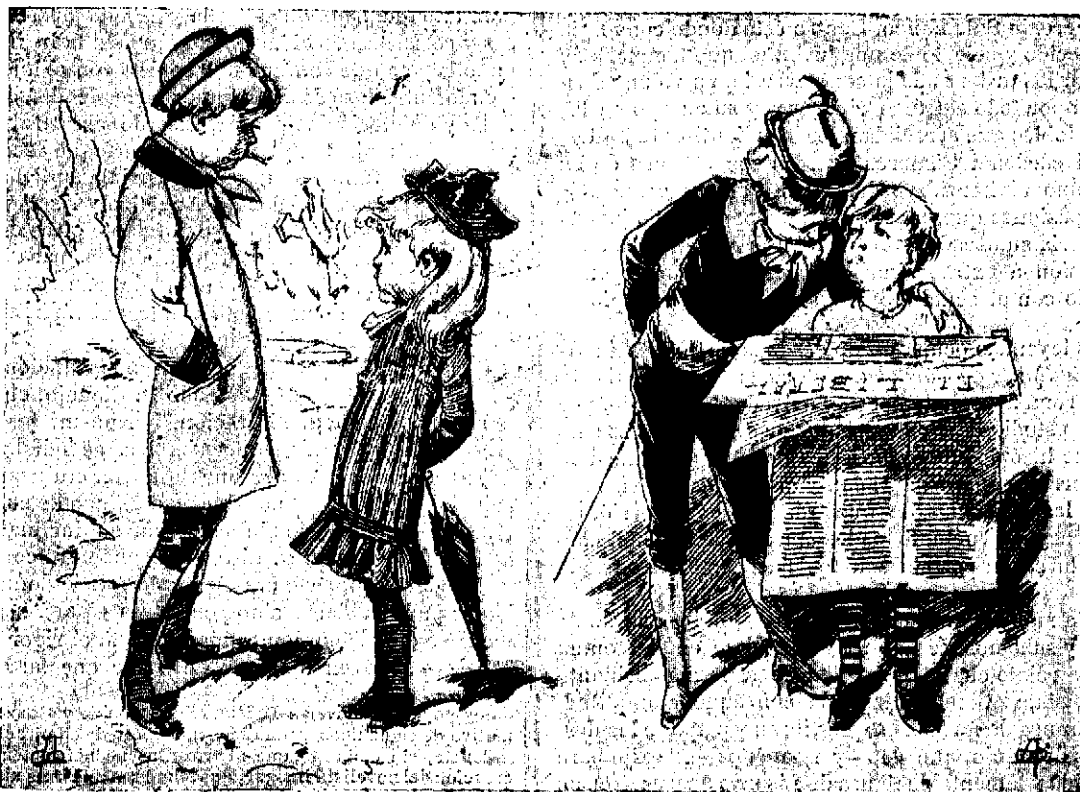
INOCENCIA, por Apeles Mestres.



P. S.

—¡Polvos pececitos! ¡Cómo deben mojarse!

—¡Qué tímido es ese tipo!... Me reventan esos caracteres.



—¡Y pensar que todos hemos de morir!...

—Hasta ahora sí; pero en nuestros días ¡se ha progresado tanto!

—¿Qué quiere decir *crónica local*?—A la vista está: *crónica de los locos*.

EL TORRENTE.**APÓLOGO.**

De un peñon por la hendidura
Filtró escaso manantial
Que de su pobre caudal
Avergonzado murmura.

Y cruzando por el prado
Entre juncos y helecho,
Serpentea largo trecho
Quejumbroso é ignorado.

Algún que otro reflejo
Del sol, brilla en su corriente,
Y á la luna mansamente
Tal cual vez sirve de espejo.

Y prosiguiendo en correr,
Más ó menos lentamente,
Lo pobre de su corriente
Se comienza á enriquecer.

Por las lluvias aumentado
Bullente arroyo aparece:
Ya torrente, se embravece;
Ya río, va desbordado.

Después, ya no es río, es mar.
Es rugiente catara
Que alzando nieblas de plata
Al sol pretende eclipsar.

Y su soberbia indomable
Con desenfrenado anhelo
Queriendo escalar el cielo
Cae en abismo insondable.

Así la humana ambición
Nace humilde, lenta crece,
Aumenta, se ensorbece
Y conturba la razón.

Sin que en su loca ansiedad
Encuentre dique potente
Que contenga su corriente,
Plaga de la Humanidad.

Y así corre á su placer,
Altanera y descuidada
Hasta caer despenada
En la sima del *no ser*.

M.^o JOSEFA MASSANÉS DE GONZALEZ.

LISARDO EL ESTUDIANTE DE CÓRDOBA.

A LA SR^{ta}. D.^a MARIA DE QUINTANA,
El Autor.

Pocas ciudades en España ofrecen al poeta y al buscador de tradicionales hechos un venero tan rico y abundante como la antigua y egregia Salamanca. Centro ésta donde convergía lo más esclarecido y selecto de una juventud que templaba su inteligencia en los ardores de la controversia, su voluntad en una disciplina por todo extremo rigurosa, y su cuerpo en los golpes y mandobles que arreciaban los estudiantiles tumultos. la ciudad del cardenal Cisneros era, en los tiempos de su esplendor, como el hervidero del saber y de las grandes y tumultuosas pasiones que, mal contenidas por aquella juventud que encubría su espada bajo sus tálares vestimentas, daban pie y ocasion á extraordinarios sucesos que la leyenda ha transmitido con el sencillez y mágico ropaje tan propio de su contextura.

Entre estas leyendas ocupa un no desdeñable puesto la de *Lisardo el estudiante de Córdoba*, historiada sin galas ni artificios por los romances de la época y avivado, más tarde, por la discreta y estudiosa pluma del doctor D. Gaspar Lozano Montesino que hizo de ella una mística novela que llenaba de pavor y de terror á cuantos la leían y que, soldando más estrechamente las creencias de nuestros padres, recorrió, en tardo aunque seguro vuelo, todos los ámbitos de España, conforme era á la sazón posible con los flacos andaderos de la estampa.

Aun hoy día más de un escritor ha evocado el recuerdo de aquel hecho, y sabemos de uno muy leído que empleó en su descripción y relato cuanto puede dar de sí la más brillante y lozana fantasía, vistiéndola con aquella amplitud, riqueza y galanura de formas en que vibran y palpitan los desbordamientos del genio, que esto—y no menos—se exige para que la descreída y lamentable figura de Lisardo aparezca en su primitiva y fantástica grandeza y haga impresión en el lector de nuestros aún más lamentables y descreídos tiempos (1).

(1) Nos referimos á un episodio con que abrigó una de sus más le-

Quizá no faltará quien diga: pues ya que grandes y esclarecidos ingenios evocaron el recuerdo de Lisardo con tan buena y merecida suerte, ya que su figura está dibujada por brillantes y afamadas plumas en imperecederas y elocuentes páginas, ¿dónde hay razón que excuse el atrevimiento de otra débil é inexperta, escasa de invención, falta de galas, pobre en interés, nula en eso de dar con las grandes efectos literarios y sin el alma, vigor y colorido que exige la pintura del estudiante de Córdoba? Ciertamente que la observación no tiene vuelta y ella fuera lo bastante á dejar en suspenso nuestra pluma si no acudiera en nuestro auxilio otra pregunta: ¿Por qué á veces no roza la alondra el terruño y los abrojos del campo y emprende tardo y pesado vuelo hacia las altas y serenas regiones donde sin esfuerzo y pena bate el águila sus alas? El débil pájaro se cansa, forcejea y abruma y al fin cede rendido levantando á sí propio el testimonio de sus pobres fuerzas.

¿Pero es vana su fatiga? No: alienta un aire más puro y se aproxima al sol. Hé ahí lo que igualmente nosotros hemos hecho al trazar estas líneas: hemos querido respirar el aire fresco y puro de la tradición y acercarnos al sol de la fe que alumbró el corazón y la mente de hombres más creyentes que nosotros. Vaya esto á guisa de prólogo, de nota, ó advertencia y vamos á la leyenda que, al fin y al cabo, es lo que realmente importa.

I.

En aquellos días en que la Boleña de España era frecuentada por la juventud principal del reino, y aún de otras naciones, llegó de Córdoba un apuesto y gentil mozo llamado Lisardo que no tardó mucho en señalarse por el brillo con que en el aula defendía las conclusiones científicas y el arrogante empeño con que terciaba en las callejeras y estudiantiles pendencias.

Era hidalgo sin vanidad, franco sin bajeza, espléndido sin ostentación, generoso y leal con cuantos lo eran y valiente sin saberlo; pero al mismo tiempo audaz, irreflexivo, de temperamento ardiente como hijo de la africana raza que señoreó por tanto tiempo la ciudad de los emires y tan dado á las temerarias y difíciles empresas que nada le arredraba, especialmente si en su coronamiento vislumbraba el premio de alguna tierna y femenil belleza. Frisaba en los veinte y dos años; era más bien alto que bajo, de gallarda y esbelta apostura, de hermosas y correctas facciones y aunque su talle iba aprisionado en la bayeta que confundía al sopista con el hijodalgo estableciendo entre los escolares una suerte de democracia que sellaba y enaltecía la ciencia, Lisardo arrastraba aquella con tal gracia, majestad y soltura que más que escolar hopalunda semejaba la túnica de un César. Dividía su tiempo en el estudio de la *Summa* del doctor Angélico y las *Partidas* del rey Sabio y en preparar audaz y sutilmente otras de amores y galanteos á las damas, sobradamente flacas para cerrar sus ojos ante un mozo rico, bello, espléndido, rumboso y que era, por decirlo así, condensación viviente del espíritu aventurero y caballeresco de aquel tiempo.

Con tan raras y seductoras prendas aficionósele en gran manera otro estudiante llamado D. Claudio, el cual tenía una hermana, espejo de discreción, hermosura y gentileza, que, mongilmente guardada por dos tías, se hallaba ya desde su infancia consagrada al claustro según era usanza en altas y principales familias que educaban alguno de sus hijos para el rigor del monasterio sin consultar su inclinación ó su propensión á la mudanza. Lisardo se enamoró con juvenil ardor de Teodora, que éste era el nombre de la doncella, y aunque jamás pudo hablarla sino por letras—que á hablarla de otro modo se oponía su honestidad y hasta el rigor con que vivía celada—el joven hubo de entender que su alma era como

das y populares novelas D. Manuel Fernández y González, al cual, con motivo de estas líneas, rendimos un tributo de admiración y de respeto.

Conste, sin embargo, que al trazarlas no hemos tenido en cuenta la creación del novelista insigne, que leímos en nuestras mocedades, y si tan solo un romance anónimo que con el título de *Lisardo el estudiante de Córdoba*, figura en el *Romancero General* que coleccionó el sabio y diligente D. Agustín Durán y que forma parte de la *Biblioteca de Autores Españoles*, monumento levantado á las patrias letras por el editor Rivadeneira.

blanda cera en que se hallaba fiel y ardientemente impreso su retrato.

Pasaron días, creció la pasión, aumentó el deseo, huyó el sosiego y queriendo el mozo expresar su amor de otra manera que en letras, instó y rogó á la doncella para que accediese á una amorosa y recatada cita.

Había en el papel que á este fin escribió Lisardo, tanta copia de discretas razones, eran tan ardientes sus súplicas y tan dulces y formales sus promesas, que Teodora, luego de sostener un combate entre su amor y sus deberes, contestó al jóven diciendo que en cierta y determinada noche entrara por un postigo de su casa, que ella le aguardaría en su aposento.

II.

Lisardo, llegada la noche y hora de la cita, cogió su espada y lleno el corazón de amor, de esperanza, de impaciencia y febril deseo encaminó sus pasos hacia la casa donde vivía Teodora, entró por el postigo que había dejado abierto una oculta y previsora mano, atravesó un jardín, subió rápido y ligero una escalera y llegó al aposento de Teodora que á la sazón y al resplandor de una bujía, se ocupaba en ascéticas lecturas, afanosa quizá por moderar ó templar los inquietos impulsos de su alma.

Aunque Teodora aguardaba á Lisardo, fué tal la impresión que recibió al verle en su propia cámara, que exhalando un grito, el libro se desprendió de sus manos y se quedó estremecida y temblorosa como la flor que siente el primer aliento de la tempestad que ha de robarla su entereza; mas el jóven cayó á sus pies, galán, rendido, enamorado, y con razones ya nobles y humildes, ya arrebatadoras y de fuego en que luchaban la hidalguía y los empujes de un amor que hacían desbordar tantas perfecciones y hechizos, logró que aquella se recobrara y que escuchase, loca y embebida, sus dulcísimas protestas. Cada frase de Lisardo era para la jóven como rayo de aurora que abría á sus inocentes ojos espléndidos y ocultos horizontes; de cada suspiro del mancebo parecía levantarse uno como cenital de lumbre que aprisionaba y envolvía su corazón en una red candente, y de sus negros y luminosos ojos brotaban esos magnéticos y fulgurantes rayos en que un alma busca á otra alma para estrecharla, cogerla, abrazarla y confundirse en ella en avasallador é inextinguible beso.

A pesar de ello la jóven resistió las amorosas querellas del mancebo: le recordó su voto, su honestidad, su recogimiento y el celo con que estaba guardada por sus tías y por su propio hermano D. Claudio, añadiendo que por más que sintiera una pasión tan grande cual la suya y que su alma le perteneciese entera, la promesa hecha á Dios de consagrarle su virginidad y pureza serían siempre valla á que cediera á su enamorado y tierno empeño.

Lisardo rogó, lloró, prometió, juró; mas todos sus arrebatos de pasión, todo su esfuerzo, todos sus galanteos hubieron de quebrarse ante la resolución y firmeza de la jóven. Persuadido éste de que nada por entonces había de ablandarla y viendo que transcurrían las horas en grave riesgo de su fama, decidió abandonar su aposento, bien que con el firme propósito de llevar adelante una empresa de tan feliz comienzo y esperando que el amor, la ocasión y el tiempo serían ciertos y fijos medianeros en el alcance de las deseadas primicias que la aún casta y virtuosa doncella le negaba.

El jóven, pues, dejó el aposento, y cuando Teodora se vió sola, corrió hacia la imagen del Crucificado que extendía no lejos de su sitial sus enclavados brazos y que había sido único testigo de su gigante lucha y cayendo á sus pies balbuceó la mística plegaria en que la virtud—siempre incierta y vacilante—busca en el cielo fuentes de pureza y de frescura en que remozar su brío.

III.

Entretanto Lisardo bajaba la escalera y llegaba al jardín con otros bien diversos pensamientos de los que movían y agitaban la doncella.

Avivado su amor por la inesperada resistencia que esta había opuesto á su deseo, nada era parte á serenar su alma en quien el recuerdo de su sin par belleza y su ya confesado

amor habían dejado una mal estinguida y devoradora lumbre. Bien es verdad que Lisardo tenía gran confianza en sí propio y que estimaba la virtud de la doncella como pobre y menuda arista que había de caer en la hoguera de su amor, hecha pavesas: mas ¿cuándo llegaría la sazón y punto de lograr sus tiernos y amorosos fines? Celada por sus tías y por D. Claudio, su hermano, ¿quién podía asegurar que la jóven franqueara por segunda vez las puertas del atrevimiento que debían abrir las del recato? Destinada á monja desde que vino á la vida ¿quién le aseguraba que mañana no se interpusiese entre los dos la inviolabilidad del voto y la reja del convento?

Estas y otras cavilaciones pusieron al mozo en tanta confusión y pesadumbre, que olvidando el lugar en que se hallaba se apoyó triste y pensativo en el tronco de un desmayado sauco que inclinaba en el jardín sus verdes y llorosas ramas. Pero no había transcurrido aún el tiempo conveniente para que su alma recobrara la tranquilidad perdida, y cuando más absorto se hallaba, oyó, de improviso, una voz fuerte, amenazadora, imponente, que gritaba:

—¡Matadle! ¡Matadle!

Y después de esto sonó gran tropel de mal articuladas frases, gritos de combate, ayes, quejas, lamentos, imprecaciones, suspiros de moribundos, todo horrible y confusamente mezclado con el rumor de espadas, cuyo rápido y menudeado choque revelaba, harto claramente, el vigor y la saña de la lucha.

Lisardo irguió su cuerpo y dando al aire su acero se encaminó rápido y veloz hacia el centro del espacioso jardín donde hubo de parecerle que se trababa la contienda.

Pero al llegar allí no oyó ni vió nada.

Reinaba el más profundo y glacial silencio.

Al choque de las aceradas hojas había sucedido el ténue y casi imperceptible ocasionado por las de los árboles que se movían ó aleteaban al impulso de una fría y sostenida brisa.

—¡Estrañó y raro caso! murmuró Lisardo girando en torno suyo una profunda y escrutadora mirada y aguzando el oído como para convencerse de que allí nada absolutamente se veía ni oía.—En Dios y en mi ánima jurara que aquí se había sostenido la pelea.—¡Bah! ¡serán engendros de la fantasía!

Y envainó su espada y se dirigió hacia el postigo que daba acceso á la calle. Mas no bien echó á andar cuando volvieron á sonar con más fuerza y energía que ántes los gritos y lamentos y el rumor de los aceros y entre la espantable y siniestra algarabía las voces de ¡matadle! ¡matadle! cuyo imponente y singular acento dominaba el desordenado y horrible concierto.

Solo que en vez de oírse éste en medio del jardín se oía en uno de sus ángulos y al extremo opuesto del postigo.

Lisardo restregó sus ojos y viendo que efectivamente se hallaba despierto volvió á sacar su espada y se encaminó hacia el sitio de donde brotaba el infernal ruido. Pero al llegar allí éste volvió á cesar sin que el jóven percibiese hombres ó formas tangibles que acusasen en el jardín la existencia de un sér vivo.

Aquello era para infundir terror al corazón más fuerte. Esto sin embargo el de Lisardo era demasiado entero y valiente para que le sobrecogiese el miedo, por más que no fuera completamente ajeno á las preocupaciones de su tiempo. Así es que murmuró:

—¡Vive Dios que esto me tiene confuso y perplejo! Diríase que es ejército de espectros que huye y se evapora á mi presencia. Mas por la sangre de Cristo que si son hombres de carne y hueso han de pagar la burla enviándoles al infierno á cuchilladas.

No había pronunciado estas frases cuando volvieron á sonar las voces y el estrépito. Mas esta vez era en la calle. Lisardo creyó entonces que se había equivocado respecto á los sitios de la lucha, porque el jardín era aún más grande que el inmenso caseron al cual estaba anexo y creyendo que aquello podía ser muy bien una de esas peleas entre rufianes y alguaciles que con tanta frecuencia ensangrentaban la ciudad, se encaminó con firme y seguro paso hacia la calle.

Mas de pronto se detuvo. En el centro del postigo, vió un bulto negro que le cerraba el paso.

(Se continuará.)



Diseño de P. Ruiz.

...mas el joven cayó a sus pies,
de la novela.

Grabado por J. Thomas.

CHARADA.

*Toda, que es prima dos cuartos
á primera dos tercera
le declaró en una carta
que mucho la tres primera.
Su prima cuarta pidió
después á su prima doble,
y ésta, cuarta contestó
en una carta muy noble.*

LOGOGRIFO.

1 2 3 4 5 6 7. Una nación.
2 3 6 7 1 2. En las iglesias.
6 5 3 2 1 7. Una ciudad.
1 5 3 2 1. Un emperador.
2 3 7 1. Una ciudad.
3 2 1. Un licor.
6 5. Una letra.

ROMPE CABEZAS.

Don Daniel Orugo.

Con estos nombres formar el de una famosa comedia.

GEROGLÍFICO.



Las soluciones en el número próximo.

ANUNCIOS á peseta la linea

PAGO ANTICIPADO.

SOBRES IMPRESOS para tarjetas
desde 20 reales millar.

TASSO, Arco del Teatro, 21 y 23.

PROSPECTOS Y NOTAS DE PREMIOS
se imprimen con toda perfeccion.

TASSO, Arco del Teatro, 21 y 23.

CARTELES DE TODOS TAMAÑOS

TASSO, Arco del Teatro, 21 y 23.

TARJETAS de todas clases desde 30
reales millar, contengan 1, 2, 4 ó 6
lineas.

TASSO, Arco del Teatro, 21 y 23.

ÚNICA CASA

para la impresion baratesima de

MARCAS

PARA

TIENDA DE GÉNEROS

QUINQUILLERÍAS

CONFETERÍAS, DROGUERÍAS

EDIC. ETC.

Arco del Teatro, 21 y 23

TASSO.

THOMAS

TALLER
DE GRABADO QUÍMICO

APLICADO

Á LA TIPOGRAFÍA

9-Aribau-9

TERRENOS

EN

VENTA

MAGNÍFICAMENTE CORTADOS

Y BIEN SITUADOS.

INFORMARÁN

EN LA ADMINISTRACION DE ESTE PERIÓDICO

BARCELONA

Imprenta de Luis Tasso, Arco del Teatro, Nums. 21 y 23.